

CULTURA ECOLÓGICA

Fernández, Joaquín

1998

Joaquín Fernández es periodista especializado en temas de medio ambiente

Queda autorizada la reproducción de este artículo, siempre que se cite la fuente, quedando excluida la realización de obras derivadas de él y la explotación comercial de cualquier tipo. El CENEAM no se responsabiliza del uso que pueda hacerse en contra de los derechos de autor protegidos por la ley. El Boletín Carpeta Informativa del CENEAM, en el que se incluye este artículo, se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0](#)



En contra de lo que suele decirse tópicamente, el ideario conservacionista no es de antaño sino de unos cuantos siglos atrás. Sobre la degradación de la naturaleza existen abundantes testimonios y expresiones literarias que se remontan al siglo XVI cuando esa preocupación cobra carta de naturaleza, y nunca mejor dicho.

El impacto ambiental y socioeconómico de determinadas artes de pesca, por ejemplo, se manifiesta con fuerza desde el siglo XVII y no de manera muy diferente al debate actual sobre las redes de deriva que finalmente serán desterradas dentro de pocos años. Pero será la acelerada desaparición de los bosques por diversas causas (desde la construcción de barcos al uso de leña como combustible o la roturación de tierras para la agricultura) lo que provoque un verdadero movimiento a favor de su conservación y de la naturaleza en general. Por cierto, que ya entonces había una atinada idea sobre la compleja influencia de los bosques en relación con los procesos erosivos o los recursos hídricos. Los ingenieros de Montes, tan denostados por algunas actuaciones del ICONA a partir de los años setenta, jugaron desde mediados del siglo XIX un papel decisivo en la creación de esta conciencia conservacionista. Luego serán los geólogos, geógrafos y naturalistas en general quienes vayan perfilando el mapa de la naturaleza española apuntando problemas y algunas soluciones.

La Ley de creación de los Parques Nacionales (1917), impulsada por Pedro Pidal, Marqués de Villaviciosa, tenía precisamente como uno de sus objetivos principales la preservación de importantes masas boscosas. No es casualidad que fueran Covadonga y Ordesa los primeros espacios protegidos, pues no existía entonces la sensibilidad y el conocimiento preciso sobre la importancia de otros ecosistemas, aunque las denuncias sobre el mal estado de algunas zonas húmedas (la laguna de Fuentedepiedra o la Albufera) datan de comienzos de siglo. El propio Pedro Pidal conocía Doñana o Cabañeros cuando llevó la Ley de Parques al Parlamento porque había estado cazando allí en varias ocasiones en compañía del rey Alfonso XIII.

El otro objetivo de esta importante Ley que supone el inicio del movimiento conservacionista moderno, es el de proteger algunas especies cinegéticas en peligro de extinción, como la cabra hispánica en Gredos o el rebeco en Picos de Europa. Por esa razón, antes que los Parques Nacionales, se puso en marcha otra figura conservacionista, la de los Cotos Reales, en 1905.

En cuanto a los problemas ambientales, también existen testimonios elocuentes, como ese episodio tan comentado que tiene lugar en Río Tinto (Huelva) en 1888 cuando los agricultores inician un insólito movimiento de protesta contra la lluvia ácida. Entonces no utilizaban esta expresión, sino que se referían a la "manta" o simplemente a los humos que eran producidos por los hornos improvisados para el tratamiento del mineral. Esos humos provocaban la ruina de las cosechas y de las economías locales. La protesta se saldó con decenas de muertos por la represión policial y de ello queda testimonio en un interesante museo inaugurado hace poco tiempo en esa zona minera tan castigada. Estos hechos dramáticos se conocen popularmente como "el año de los tiros". Una placa colocada en 1988 los recuerda de manera conveniente.

La historia del ecologismo, pues, es rica en acontecimientos y es hora ya de conocerla. Ahora que tanto se habla de la educación ambiental (también se practica por fortuna) no pueden ignorarse experiencias anteriores. Ha habido muchas, aunque la más conocida sea la Institución Libre de Enseñanza de Giner de los Ríos, que ha sido uno de los pedagogos ambientales más ilustres. La inteligente combinación de la teoría y la práctica, el excursionismo como fuente de conocimiento, las nuevas formas de mirar el paisaje, etc. vienen desde entonces y de ellas bebieron, entre otros, los autores del 98 que este año del centenario recordamos.

Ciertamente, el ecologismo moderno que da sus primeros pasos a finales de los sesenta, aporta nuevos contenidos, nuevas percepciones y, sobre todo, una forma diferente de entender el compromiso y la implicación de los ciudadanos con la problemática ambiental. Sépase o no, este ecologismo moderno, aún en su diferencia, es heredero de esos pioneros intuitivos que supieron adelantarse.

A veces la ignorancia se extiende incluso hacia la rica e intensa historia del ecologismo de estos treinta últimos años que merecería mayores atenciones. Cuando se habla ahora del desarrollo de la conciencia ecológica, deben recordarse movilizaciones de los años setenta por muy diferentes causas. En España hubo, por ejemplo, protestas antinucleares con más de doscientas mil personas, un objetivo impensable en estos días. Naturalmente, no todos eran ecologistas. De hecho históricamente los problemas ambientales sólo han cobrado una dimensión importante cuando se han implicado en ellos otros colectivos sociales con intereses muy diversos. En tal sentido, sería erróneo concluir que la historia del ecologismo es la historia del movimiento o de las organizaciones ecologistas. Sin ir más lejos, en este año que las Asociaciones de Vecinos cumplen el treinta aniversario de su creación, no está de más recordar la implicación positiva que siempre hubo entre ambos movimientos, el vecinal y el ecologista.



La historia del ecologismo moderno son las batallas por los Parques Nacionales, por las ballenas o el oso pardo, pero también las bombas atómicas que cayeron en Palomares (1966), el escape radiactivo en la Junta de Energía Nuclear de Madrid (1979), la lucha de los vecinos de Villaverde (1970) para evitar que sus hijos se envenenaran con el plomo vertido por una fábrica, ode los dos muertos de Erandio (1969) que salieron a la calle por una causa similar. Porque el ecologismo también tiene sus muertos. Muertos y héroes, aunque en este caso, unos y otros sean más anónimos que otros.

Respecto a los medios de comunicación, cuando hoy se afirma que el periodismo ambiental vive momentos de gloria, deberíamos revisar las hemerotecas para comprobar que estos asuntos tenían mayor impacto mediático en los setenta que ahora, al menos en espacio ocupado en la prensa escrita. Otra cosa son los medios audiovisuales. Suelo citar el ejemplo de la Cumbre sobre Medio Ambiente de Estocolmo (1972) y la de Río de Janeiro (1992). Aunque los contenidos resisten pocas comparaciones, el espacio destinado a estas reuniones, en general, no fue mayor en 1992.

Se repita o no, la historia debe conocerse y la historia del ecologismo también. A ella deben prestar atención los educadores ambientales y los profesores de cualquier nivel de enseñanza. Además de alguna que otra lección, también descubriremos sorpresas admirables y gozosas. Manos a la obra.